

VIII CONGRESO ARGENTINO DE PSICOANÁLISIS PODER-LOCURA-CULTURA

Trabajo libre: Comunidad-Cultura-Sociedad

Rosario (Arg.) 27, 28, 29 y 30 de mayo de 2010

PODER Y LOCURA, MALESTAR EN LA CULTURA

Dra. Adriana Sorrentini*

La cultura (Kultur) -o civilización, indistintamente para Freud- descansa en la compulsión al trabajo y en la renuncia de lo pulsional postergando el interés egoísta en pos del bien común, y como claramente esto contradice la naturaleza del sujeto humano, entendemos el malestar que la acompaña.

Someter los impulsos agresivos a la regulación ejercida por la ley, implica la paradoja de que su creación, interpretación y aplicación, es ejercida por los mismos sujetos a los cuales va dirigida, circunstancia que nos permite intuir la complejidad de esta creación edificada sobre la sofocación de las pulsiones, y por lo tanto destinada a generar el malestar que convierte a sus creadores en sus peores enemigos.

La utopía freudiana acerca de una Humanidad, que mediante un prolongado desarrollo cultural pudiera transformarse en *“una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida pulsional a la dictadura de la razón”*, es corregida en El malestar en la cultura (cap.V,p 108), donde expresa la paradoja de la crueldad, la inclinación al mal, a la agresión y a la destrucción -pulsión de muerte- inherente al ser humano quién, lejos de ser manso y amable y sólo defenderse si lo atacan -dice Freud-, dispone en su dotación pulsional de una buena cuota de agresividad que hace del prójimo no sólo un posible auxiliar y objeto sexual, *“sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo.”* Los medios de comunicación nos proveen a diario de noticias que convalidan estas aseveraciones, dando cuenta de lo actual, atemporal, de los procesos de fusión y

-
- Dra. Adriana Sorrentini - Asociación Psicoanalítica Argentina.
 - Gelly 3550 6° B. CABA. Tel/fax: 54-11-4802 0200. adrianasorrentini@fibertel.com.ar
 - Miembro Titular en Función Didáctica.

defusión de las pulsiones de vida y muerte, y la acción constante de la pulsión de destrucción deflexionada hacia el prójimo y el mundo externo en general.

Leemos noticias como: “Matan a una mujer y le roban \$20. La víctima (...) madre de tres hijos..” volvía de realizar unas compras domésticas y fue sorprendida por dos delincuentes que sin mediar palabra le arrebataron el dinero y le dispararon en el pecho.”(La Nación, 29/11/09). La primera acción es el robo, el despojo, la apropiación, pero la segunda responde al “*gusto de matar*”. Noticias similares la acompañan, y la muerte de la víctima es innecesaria. En 1905 Freud decía que “*El origen de la crueldad infantil se atribuye a una pulsión de dominio que en su origen no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta (fase previa tanto a la compasión como al sadismo)*.” Hay indiferencia, el otro no existe -narcisismo- para la consideración acerca de su existencia o sufrimiento. El agregado del sadismo a la destructividad hace que al asaltar a un conductor de autotransportes, no sólo se le sustraiga el dinero sino que se le amputen varios dedos de la mano. Ejercer la violencia sobre el semejante haciéndolo depositario de la castración propia.

El desamparo y las condiciones de vida en las cuales no hay transmisión de valores, ni la vida del atacante tiene valor, favorece una regresión a estos niveles trágicos, de cualidad ‘infantil’, sin domeñamiento pulsional.

La interdicción universal del “*incesto, el canibalismo y el gusto de matar*” es ignorada de manera descarnada y directa, sin metáfora alguna, o de manera solapada que intenta justificar racionalizando. Freud observa entonces que “*la ley no alcanza a las exteriorizaciones más cautelosas y refinadas de la agresión humana*” observable también en lo cotidiano, en la violencia verbal, en vínculos cercanos y familiares.

Ahora bien, otra clase de prohibiciones afectan mayoritariamente a una parte de la sociedad originando diferentes grados de descontento y malestar, sobre todo en relación al grupo minoritario que detenta poder y privilegios y da muestras de omnipotencia ignorando la ley. El sector mayoritario aporta su esfuerzo creando bienes de los que escasamente participa y sus integrantes reaccionan, ante lo que perciben como injusto, con una revuelta hacia la organización cultural, deseando su destrucción antes que la internalización de sus pautas. No es la cultura la responsable de los excesos sino la ambición de poder, la pulsión de apoderamiento, la hostilidad primaria y recíproca de los seres humanos que hace de cada oponente un enemigo a destruir.

Si la naturaleza, mediante una catástrofe recrea la sensación de indefensión, nivela en cierta medida al amenazar a todos por igual recordándonos la finitud -

memento moris-, promueve sentimientos solidarios mediante la identificación y estimula aunar fuerzas contra el agresor común en los primeros momentos traumáticos. La compasión -Mitleid- que limitó la pulsión de dominio prontamente desaparece y lo pulsional retorna con violencia y saqueos, y cada cual mostrará nuevamente su estructura y su miseria. De esta manera desembocamos en la consideración acerca del poder y la locura, o la locura del poder.

Poder

La polisemia de la palabra nos muestra una vez más la complejidad de la comunicación.

En 1140 surge el término, proveniente del latín '*posse*' y del lat. vulgar '*potère*', en su forma verbal y sustantivada.

Poder, como capacidad de hacer, crear, realizar algo, y como posibilidad o permiso para ello. La forma sustantivada lleva a cuestiones de dominio, posesión de una cosa o predio, a fuerzas de un estado -poder militar, económico, legislativo, judicial, etc.- o atributo de instituciones sociales o agrupaciones organizadas.

En la vertiente lingüística inferimos por lo menos dos acepciones: el poder como potencia, posibilidad de hacer algo para lo que se está capacitado, y el poder que se ejerce en ese mismo acto del hacer, dominio sobre los bienes o personas a su cargo, sobre quienes a veces se ejerce la fuerza, la pulsión de dominio o poder -Machttrieb- con el posible pasaje a la acción cruel, tributaria de la pulsión de muerte (Freud, 1920).

El 30 de julio de 1932 Einstein le escribía a Freud, preocupado ante los factores psicológicos en juego en "El afán de poder que caracteriza a la clase gobernante" y el "hambre de poder político" que puede medrar a causa de grupos guiados por aspiraciones mercenarias, económicas, indiferentes al interés social, que comercian armas y hacen de la guerra una industria que favorece intereses particulares y su poder. Piensa que esto es posible "porque el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción." Fuerte intuición de un pensador científico, no psicoanalítico.

Freud dirá entonces que "*los conflictos de intereses entre los hombres se zanján en principio mediante la violencia*" -Gewalt-, la fuerza muscular decidía la contienda de poder, luego las armas y la superioridad mental ocuparon el lugar de la fuerza bruta.

La aniquilación del enemigo satisface la eliminación de su oposición, y su muerte el placer de matar. Un avance cultural será someterlo en vez de matarlo, como comienzo del respeto por la vida, además de aprovechar su fuerza de trabajo.

En los ejemplos anteriores la regresión es mayor que la de este nivel elemental, porque aún satisfecho el impulso de apropiación de sus bienes y no obstante no representar un peligro, se mata por mero goce tanático.

Si bien Derecho y Violencia representan opuestos, el derecho se instaló gracias a la fuerza obtenida por la unión de una comunidad que lo pudo establecer por sobre la fuerza de un individuo. De allí en más la unión debió conservarse y organizarse, promulgar ordenanzas y leyes, impedir sublevaciones, para lo cual se ejerce una violencia acorde a derecho.

La desigualdad es inherente a la sociedad, constituida por individuos dotados de un poder desigual: padres e hijos, varones y mujeres, ricos y pobres, vencedores y vencidos, que se organizan en la dialéctica de amos y esclavos. Esto da por resultado dos corrientes en el derecho -*Rechtsunruhe*-, la de los dominadores, que intentarán retrotraer el derecho a la violencia, y la de los oprimidos que intentarán adquirir poder para ser reconocidos y avanzar desde “*un derecho desparejo a la igualdad de derecho.*” (Freud, 1932) igualdad de derechos para sujetos diferentes pero equivalentes. Sabemos de las luchas sin cuartel que se suscitan entre estos intereses encontrados; como las olas del mar en eterno movimiento, un ir y venir alterado por movimientos profundos donde tiemblan los fundamentos y cuya percepción se nos brinda a partir del maremoto resultante y sus consecuencias de destrucción y muerte.

De la misma manera, la locura está habitada por el movimiento secreto de sus causas. El problema se plantea cuando un sujeto concede valor de verdad a su creación imaginaria alienándose en esa creencia aunque el razonamiento conserve la estructura lógica y formal del discurso. La locura quedaría situada en un punto de contacto entre lo onírico y lo erróneo ya que, mientras el sueño presenta imágenes, sin juzgar ni afirmar, la locura crea imágenes y liga afirmativamente fantasmas dándoles credibilidad y desbordando entonces sobre el error, haciendo que alguien pueda apartarse de la razón creyendo seguirla. (Sorrentini, 2007)

La neurosis perturba el vínculo con la realidad objetiva displacentera llevando, en sus formas graves, hasta una huida relativa, sin crear una nueva realidad como ocurre en la psicosis. Crea, en cambio, un mundo de fantasía que resarce de la realidad frustrante, proveyéndole al yo el material adecuado para una nueva plasmación de deseo que, apuntalada en fragmentos de la realidad, sustituye al displacer. Estas fuerzas pulsionales de la fantasía provienen de la insatisfacción e intentan sustituir la realidad frustrante, con un cumplimiento de deseo en lo imaginario.

Es el caso de los líderes trágicos, que han conducido pueblos enteros a la locura de la guerra, o a seguirlos en propuestas insostenibles e improcedentes con tal de detentar el poder. Es la locura del poder que resarce de alguna impotencia o sometimiento de la historia personal no elaborada. Conocemos personajes paradigmáticos en el pasado y el presente, y así será en el futuro merced al eterno retorno de lo reprimido-sepultado, aunque estemos atentos a su inexorable emergencia. Saint-Exupery relata poéticamente este hecho al describir en el planeta de su Principito la presencia de hierbas buenas y malas, cuyas semillas invisibles “duermen en el secreto de la tierra (...) una de ellas tiene la fantasía de despertarse. (...) crece hacia el sol una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una mala hierba es preciso arrancarla inmediatamente en cuanto uno ha sabido reconocerla. (...) como las semillas de los baobabs.” Un baobab no arrancado a tiempo hace estallar el planeta. El reconocimiento del mal como inherente al ser humano puede evitar su banalización y el consiguiente estallido de la cultura.

El poder del analista:

La técnica psicoanalítica se apoya en el poder de la palabra, el instrumento del poder del analista, en virtud de la transferencia tanto en la palabra como en la persona. Este poder sigue diferentes vicisitudes a partir de la capacidad del analista para sustentarlo. La angustia que genera este poder, derivado de la tragedia edípica y desplegado en la sesión, genera culpa y resistencias. El rechazo de ese poder hace que la palabra del analista pierda eficacia terapéutica y se vuelva inoperante. El caso opuesto es el del analista poseído por el poder ilimitado en el que lo coloca la transferencia idealizada, que ejerce su poder actuando la tragedia en lugar de analizarla, extraviando también su lugar de analista.

Si “todo poder es deber”, el analista debe asumir el poder que le es conferido dentro del encuadre abstinerente del psicoanálisis, tanto en la sesión como durante el proceso de la cura, y puede ayudar a su analizado a modificar estructuras neuróticas, reelaborando (Durcharbeiten) resistencias y produciendo “*el máximo efecto alterador sobre el paciente*” (Freud,1914). Alteración terapéutica del yo que, *per via di levare*, intenta quitar las distorsiones creadas por la alteración neurótica, devolviéndolo al sufrimiento común de la humanidad. (Cesio-Sorrentini, 2000).

BIBLIOGRAFÍA:

Freud, S. - Tres ensayos de teoría sexual. AE, vol. VII. BA. Arg.

“ - El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura. (1927/30)
AE, vol. XXI, BA, Arg.

“ .- ¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud, 1933), AE, vol. XXII. BA.

Cesio, F. y Sorrentini, A.- El poder que sustenta el analista. La Peste de Tebas,
Nº 14, año 3, 2000.

Sorrentini, A.- ¿Por qué la violencia?. La Peste de Tebas, nº 13. BA. Arg.

“ . – Crueldad, paradoja de la humanidad. La Peste de Tebas, nº 29
Año 8, 2004. BA. Arg.

“ .- Consideraciones acerca de la locura. La Peste de Tebas, nº 39, 2007.